

Crítica

SPAEMANN, Robert (1993). *Ética. Cuestiones fundamentales*, Pamplona: EUNSA.

Introducción

En este libro Robert Spaeman realiza una aproximación a lo que él considera las cuestiones fundamentales de la ética en el contexto cultural actual. En él da respuesta a muchas de las cuestiones que produjeron la crisis de la ética que nos envolvía hasta hace poco tiempo. Al mismo tiempo da unas pinceladas sobre lo que debe ser la ética en el momento actual, sus preguntas y respuestas, sus exigencias.

En primer lugar, sale al paso del relativismo moral y del sociologismo, asentando la ética y con ella la vida del hombre hacia lo que le es propio, su natural, basándose en el concepto de dignidad humana. Continúa elaborando lo que sería la educación en su base ética, como ciencia que enseña a saber elegir, mostrando lo que es la vida plena, seguirá por la formación, elemento necesario en la educación y en todo desarrollo personal, como la elección dentro de una realidad conocida y, por supuesto, con la justicia, ya que la vida ética es hacer justicia a la realidad. Más tarde, anulará el antagonismo entre ética de convicción y de responsabilidad, haciéndoles confluír y acentuando el valor del individuo. No deja aparte el concepto, tan importante en ética, del absoluto convirtiéndole en el eje de la misma. Y continúa con el aspecto más práctico, la postura que debe tomar el hombre ante la realidad y al enfrentarse a la impotencia de lo que escapa a nuestro actuar, la postura de serenidad.

De todos los temas tratados en el libro, considero interesante y digno de señalar las exigencias educativas que se derivan de esta reflexión ética. Me limitaré a las derivaciones más directas expuestas en el libro ya que si no se podría incurrir en divagaciones.

Exigencias de la educación ética implícitas en «Ética: Cuestiones fundamentales» de Robert Spaemann

En primer lugar partiría de una actitud básica del educador frente a los educandos, afirmando que realmente es posible llevar **una vida moral** y, es más, que **existen algunas pautas objetivas para calificar un comportamiento o una vida como moral**. «La experiencia de estas coincidencias morales dominantes en las diversas culturas, de una parte, y el carácter inmediato con que se produce nuestra valoración absoluta de algunos comportamientos, de otra, justifican el esfuerzo teórico de dar razón de la norma común, absoluta, de una vida recta.» (p. 24).

Este pensamiento se encuentra reforzado por C.S. Lewis: «Pero no podemos pasar por alto lo que es común a todas ellas. Es la doctrina del valor objetivo, la convicción de que ciertas actitudes son realmente verdaderas y otras realmente falsas respecto a lo que es el universo y lo que somos nosotros» (Lewis, 1994. P. 23). Y con las palabras de Scheler refiriéndose a la conciencia: «...expresa su juicio según una ley recibida como sagrada que nosotros mismos no nos hemos dado» y por lo tanto no puede ser determinada de una manera subjetivista, ya que viene de fuera.

Esta actitud es importante para que el niño perciba una guía en su actuar, algo a lo que acogerse y no el caos de un mundo relativista.

El segundo paso relevante que se deriva es que el educando perciba que la vida y, en especial, la vida moral, aunque es valiosa en sí, no se justifica en sí misma, sino que la vida del hombre es valiosa por su dignidad y que **la vida moral vale en cuanto se encamina a una dirección**, reflexionadamente elegida, desde la libertad, y que **le lleva a la realización del hombre como hombre, hacia lo que le es propio, lo que le es natural**. «Como afirma el dicho, debemos dirigir nuestra vida» (p. 28).

Esta idea coincide con lo expresado por Ibáñez Martín: «Tal plenitud no la amoldo o invento según mis deseos sino que la alcanzaré sólo cuando consiga elevar a su máximo desarrollo las exigencias de mi propia naturaleza» (Ibáñez Martín. P. 136). O con las palabras de Mounier: «La educación ...su misión es despertar a las personas capaces de vivir y de comprometerse como personas» (Mounier, *Ouvres I*. p. 550).

Siendo natural el encaminarse hacia aquello que realmente quiero, esto que quiero debe llevarme a una vida auténtica para que sea realmente plausible; por lo tanto debo educar en lo auténtico, haciéndole al alumno descubrirlo acercándole a ello, para que el educando se sienta atraído, impulsado hacia lo auténtico, lo bueno, hacer que desee lo bueno, como indica Spaemann «...antes de tener el deber de hacer algo, debemos desearlo. Si tengo que hacer algo que es bueno en sí mismo, eso debe ser, en algún sentido, bueno para mí, ya que debe ser un motivo de mi actuación, y debo encontrar en él, de algún modo, una satisfacción; de lo contrario, no lo podría querer en absoluto.» (p. 36). Y esto se logra enseñando «a sentir agrado, simpatía, disgusto, o aversión hacia aquellas cosas que son realmente gratas, simpáticas, desagradables o repugnantes» (Lewis, 1994. P. 21).

El tercer aspecto, íntimamente relacionado con el anterior, se referiría a **la pasión por lo auténtico, por un ideal**, como veíamos, si yo no encuentro una satisfacción en lo auténtico no iré tras ello, si el educador logra que el educando se entusiasme con los valores tendrá mucho camino andado. Spaemann dice: «En cierto modo la pasión le hace ver, le abre los ojos para una cualidad valiosa,... Una vida desapasionada no es, por tanto una

vida buena» (p. 52). Podemos también recurrir a la famosa frase que Viktor Frankl cita de Nietzsche «Quien tiene un porqué para vivir, encontrará casi siempre el cómo» (Frankl, 1992. P. 9). Ese porqué es el ideal que mueve y justifica todas las acciones de la persona, en cuanto este sea más elevado, mayor valor tendrán sus acciones, lo que se pretende es mostrar el mayor ideal al educando y que este libremente opte por él con toda la fuerza de la pasión. Es necesario que se opte con una **convicción** plena que implica la **responsabilidad**; «la ética de la convicción se entiende a sí misma como ética radical de la responsabilidad» (p. 78). El educando debe **comprometerse** radicalmente con el ideal.

Ahora para optar correctamente por un ideal auténtico es necesario un **conocimiento del hombre, del propio yo** y, por supuesto, de **la realidad circundante**; este sería el cuarto punto de nuestro análisis. «¿Qué es lo que de verdad le resulta provechoso al hombre? Para saberlo es necesario conocer qué es el hombre» (p. 66). «Entre los deberes fundamentales del hombre actual ocupa el primer lugar el de la reflexión sobre el sentido de su existencia» (Messner, 1969. P. 95). Ante esta realidad nos encontramos con el problema de que actualmente la huida de sí mismo se ha convertido en un ejercicio general, el hombre siente temor de estar solo, temor de sí mismo ya que en ese momento le asalta la pregunta del sentido esencial de su vida; contra esto debe luchar todo educador porque es el principal requisito para llevar una vida auténtica, firmada de manera rotunda por el sello personal.

Este conocimiento de sí mismo requiere un esfuerzo importante, como señala Messner: «Únicamente mediante un elevado y duradero esfuerzo le es posible al individuo darse cuenta de los principios y motivos que determinan su conducta, y únicamente el individuo con principios sobre la dirección de la vida bien sabidos y decididamente establecidos podrá, frente a los influjos del inconsciente colectivo y del ambiente espiritual, examinarse y conocerse con certeza» (Messner, 1969. P. 97). Nos permite encadenar perfectamente la exigencia del conocimiento de la realidad que nos envuelve con el mencionado conocimiento de uno mismo. El medio donde se realiza el hombre es la realidad, sin su conocimiento el hombre no sería capaz de desarrollarse; «la experiencia de la realidad, al contrario, muy lejos de ser un impedimento para la realización de la vida, es más bien su contenido más genuino» (p. 41). La verdadera vida ética es aquella en que el hombre, desde el ser más radical, hace justicia a su realidad y a la que le rodea; como afirma Lewis «¿puedes ser justo si no estimas las cosas tal y como se merecen? Todas las cosas fueron creadas para ser tuyas y tú fuiste creado para apreciarlas según su valor» (Lewis, 1994. P. 20). Esta es una clave esencial en toda educación ética.

Cuando el hombre se encuentra ante sí mismo, sólo si se acepta en su realidad y acepta la realidad que le rodea puede realizarse en plenitud. Debe conocer sus limitaciones y las de la realidad y aceptarlas con serenidad; como propone Spaemann: «no sólo la realidad es como es, sin nosotros, sino que, al contrario, nosotros mismos somos como somos sin poderlo modificar... Nuestro ser así no es una magnitud fija que determina nuestra actividad, sino que, al contrario, viene configurado continuamente por nuestras acciones... A diferencia de los animales, los hombres, al actuar, modifican a la vez las condiciones que enmarcan su comportamiento» (p. 115). Esta realidad es el lienzo donde se imprime toda la vida moral.

Para hacer justicia a la realidad es necesario salir de uno mismo; «a quien se le mani-

fieste en toda su riqueza el contenido valioso de la realidad, y esté en disposición de prescindir de sí para poder, como decimos, gozar de algo y con algo»... Para esto es necesaria la formación, «proceso de sacar al hombre de su encierro en sí mismo... la formación, la creación de intereses objetivos, el conocimiento de los valores de la realidad, es un elemento esencial para una vida lograda» (p. 47).

El quinto punto que se deriva sería **la educación de la conciencia en conciencia**, «el hombre no es un animal; puede cegarse artificialmente; puede actuar como si no viese. Pero tiene la responsabilidad de su ceguera» (p. 53). El hombre tiene el deber de seguir su conciencia, pero tiene el mismo deber de formarla y cuidarla. «No hay conciencia sin disposición a formarla e informarla» (p. 83). «Sólo se puede llamar buena la voluntad que se deja obligar por la conciencia y considera la realidad total de su proceder; la que no se engaña a sí misma refugiándose en la susodicha buena intención» (p. 101). Se necesita mantener la conciencia pura de toda contaminación ambiental o de toda posible manipulación como corrobora Messner: «Mantener siempre alerta la propia conciencia moral frente a las posibilidades de tales influjos, y adiestrarse en la indispensable introspección correspondiente, se ha convertido, por eso, en un presupuesto para el conocimiento de sí exigido al hombre actual» (Messner, 1969. Pp. 97-98).

Este punto de la educación de la conciencia es de gran importancia en el desarrollo del hombre, ya que la conciencia se convierte en la persona en un imperativo absoluto, por el cual el hombre enjuicia su propio actuar y valora todas sus acciones. Si este centro radical de la persona se halla enfermo o con deficiencias repercute en la acción que el hombre realiza de sí mismo, es decir, el hombre se elige y se realiza a sí mismo, si el «órgano» que le determina si su acción es correcta o no es deficitario o equívoco, su realización, la del propio yo, nunca será plena ni podrá llegar a su máximo desarrollo. De ahí la radical importancia de una educación de la conciencia desde los profesionales de la educación, como de los padres, como del propio individuo, es una responsabilidad irrenunciable e ineludible por parte de todos.

El sexto aspecto que he considerado importante en la educación moral dentro de las ideas de Spaemann es **la jerarquización** de las preferencias e intereses, y la consiguiente **renuncia** al elegir unos.

R. Spaemann plantea en su libro una gran verdad, «La pasión descubre valores, pero no su jerarquía... La pasión nos pone tan sólo en una primera relación con el valor, pero no por eso crea ya la adecuada respuesta a ese valor.» (Pp. 53-55). Es cierto, no basta con dirigir nuestra vida hacia un ideal de forma apasionada y determinada, ni con educar la conciencia o ser poseedor de una considerable formación; es necesario que exista entre los valores una jerarquización, incluso entre los más nobles, que me permita elegir, según prioridades, en mi actuar cotidiano como en mis decisiones más relevantes. Esto se refleja en el saber popular «lo bueno es enemigo de lo mejor». «Tenemos deseos e impulsos contrapuestos... Vivir rectamente, vivir bien, significa ante todo establecer una jerarquía en las preferencias... es correcta aquella ordenación de acuerdo con la cual el hombre vive feliz y en paz consigo mismo» (pp. 28-29).

«Hay una inadecuación esencial de nuestra identidad, una tensión entre lo que somos y lo que deberíamos llegar a ser» (Innerarity, 1992. p. 81), esta inadecuación nos hace desear cosas que no son buenas para nuestro ser o no son lo mejor, por otro lado el hombre experimenta el imperativo de su conciencia, bien formada, hacia el deber ser. el individuo debe analizar, purificar y ordenar esos deseos y encaminar todas sus potencias

hacia su deber ser, no sólo como hombre, también como yo personal. La misma jerarquización conlleva la renuncia, el sacrificio de un apetito por algo más elevado o de mayor valor. Este sacrificio no produce tristeza sino una alegría más elevada que la que produciría lo renunciado. Más claramente lo expresa Messner en este párrafo: «Para la formación de la personalidad, la autoeducación y la auto renuncia tienen por finalidad lograr la fuerza de voluntad requerida para la lucha contra el propio yo. La autoeducación no es, pues, en modo alguno, adversaria de la alegría de vivir, sino más bien el camino para una más elevada alegría de vivir» (Messner, 1969. P. 68). Es cierto que «el bien me resulta arduo y difícil y me exige renunciar a algún bien placentero. Por eso, la apetencia de lo placentero y la tendencia a huir de lo doloroso son condiciones que tengo que superar, dificultades para el ejercicio de mi libertad que libremente debo vencer.» (Choza, 1988. P. 68).

Como hemos visto, el bien resulta arduo y difícil, es más las apetencias en muchos casos me alejan de ese bien, entonces, ¿qué motor hará que yo, persona concreta, educando, opte por ese bien aún con las renunciaciones que me supone?, ¿el bien por sí mismo es el que me da esa fuerza? Creo que el bien, como todo valor, crea una fuerza de atracción importante del hombre hacia él, pero creo que esta atracción no es suficiente, el hombre es capaz de optar por el bien, por lo bueno, por lo moral, cuando se ha encontrado, en su experiencia, con la bondad, con lo bondadoso y ha experimentado el gozo, la alegría que conlleva lo bueno y llega a comprometerse, libremente, de una manera amorosa con ese bien; en definitiva es la alegría del hombre que se ha encontrado con su propio ser, con su propia esencia, el hombre que se descubre a sí mismo en su posibilidad de plenitud y opta por ella.

Este hombre, al optar por esa plenitud, necesita de todas sus potencias, necesita una total **autoposesión**, en definitiva la educación en la **virtud**. «El carácter apremiante de los valores está casi siempre en razón inversa a su altura, porque precisamente los más altos, los que producen más gozo, requieren una cierta disciplina para ser captados» (p. 51). Esta disciplina es la virtud, que ordena y somete las potencias del propio yo al servicio de él mismo, de los valores que desea alcanzar. «El hombre virtuoso es tal que realiza el bien obedeciendo a sus inclinaciones más íntimas.» (Pieper, 1990. P. 15). Es el hombre que ha conseguido someter sus apetencias, y esto sólo se produce cuando se profesa un amor incondicional, entonces el hombre se hace realmente libre rebosando plenitud humana (López Quintás, 1992. P. 108). Sólo se puede llegar a esto con una fuerte autoeducación, que es «el formar la voluntad con vistas al dominio seguro del hombre sobre sí frente a las inclinaciones tendenciales que luchan contra su mejor yo» (Messner, 1969. P. 98). Esta es la verdadera educación en la virtud.

En definitiva lo importante es darse cuenta que **la vida merece la pena ser vivida**, y merece la pena ser vivida **por algo** y de **una determinada manera**, que es **la vida moral**. Y que esta vida moral nos conduce a **la felicidad**, que en definitiva es la **adecuación del ser con el deber ser**, es el **encuentro del hombre con el hombre**, de su **realidad ontológica**. Y terminando como el mismo Spaemann finaliza con las palabras de Espinosa: «La felicidad no es el premio de la virtud, sino la virtud misma»; aunque no puedo terminar sin decir que la felicidad consiste en ese amor incondicional del que hablamos antes. «La verdad de que el amor es la meta última y más alta a que puede aspirar el hombre» (Frankl, 1992. P. 46). «La felicidad es un bien inefable al que, como final, se dirige nuestro amor, pero no puede contenerse en palabras... Si la felicidad jamás es

verdaderamente otra cosa que la felicidad del amor, el fruto de la versión más sublime que existe del amor tiene que ser también lo más grande que pueda haber en felicidad de cuanto los hombres han podido imaginar para aplicar ese nombre». (Pieper, 1990. p. 548.)

M.^a DEL ROSARIO GONZÁLEZ MARTÍN

Bibliografía

- CHARLES, T. (1994): *Ética de la autenticidad*, Barcelona: Paidós.
 CHOZA, J. (1988). *Manual de Antropología Filosófica*. Madrid: Rialp.
 FRANKL, V. (1992). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder.
 IBÁÑEZ MARTÍN, J.A. *Filosofía de la Educación hoy*.
 INNERARITY, D. (1992). *Libertad como Pasión*. Pamplona: EUNSA.
 LEWIS, C.S. (1994). *La Abolición del hombre*. Barcelona: Ediciones Encuentro.
 LÓPEZ QUINTÁS, A. (1992). *El Amor Humano*. Madrid: Edibesa.
 MESSNER, J. (1969). *Ética General Aplicada*. Madrid: Rialp.
 PIEPER, J. (1990). *Las Virtudes Fundamentales*. Madrid: Rialp.

CHARLES, T. (1994). *Ética de la autenticidad*. Barcelona: Paidós.

Introducción

El libro de Charles Taylor, comienza aludiendo a las distintas formas de «malestar en la modernidad», título del libro para la edición canadiense. Empieza haciendo memoria histórica: el aumento del saber científico y su correlativo poder técnico, comenzó a arrollar todo. Este desarrollo se apoyaba en la creencia de que el saber era poder, y el poder parecía convertirse inmediatamente en felicidad; el «mito del eterno progreso»... Cuando se esperaba que la felicidad fuera correlativa al alto grado de saber teórico y poder técnico que se había conseguido, estalló el gran conflicto (López Quintás, 1993, p. 53). Concluye López Quintás afirmando: «es muy sencillo. Se cometió un error en una cuestión básica de la vida, se orientó la existencia hacia un ideal equivocado...» (ídem).

Sobre este ideal equivocado se asienta la cultura de nuestro tiempo, que arranca desde la Revolución Industrial y culmina en el desastre bélico más cruento de la historia de la humanidad, la Segunda Guerra Mundial. Desde este análisis comienza Taylor con las tres formas de malestar.

Taylor, analizando la situación actual, cree que el problema más determinante de nuestra crisis ética, y por qué no, también social, radica en la direccionalidad que ha ido tomando el ideal que parece originario de la actual conciencia moral, la autenticidad.

El autor confirma la validez de la autenticidad, muy someramente, pero concluye que actualmente se encuentra corrompido por dos actitudes principales: el individualismo reinante (p. 38), y la primacía de la razón instrumental (p. 40). Estas dos actitudes desembocan en lo que el llama la fragmentación, debida a una desidia ante lo social, el hombre no se siente atraído por algo por lo que luchar desde el punto de vista comunitario y se aísla, hasta el